

Autobiografía intelectual

Advertencias previas

1. «Nadie es buen juez en causa propia» nos advierte el refrán. Pero podría haber añadido: «si no quiere serlo». Que, si quiere serlo, no hay nadie mejor que uno para ser juez de sí mismo. Nadie tiene más datos y más de primera mano que uno mismo respecto de sí mismo.

En esta autobiografía me he propuesto ser buen juez en causa propia respecto de mi vida intelectual —no respecto de mi vida religiosa, científica, literaria, musical, estética... y teológica.

2. Se trata de historia, hecha desde mis ochenta años. Hecha y, sea dicho sinceramente, rehecha de memoria que ha actuado en sus dos funciones: a) recordar; b) seleccionar. Imprimir un texto, una estadística de datos sobre aciertos y errores; y elaborar un contexto según criterios, benévolo de ordinario, que cada uno puede llegar a reconocer, a confesar, cual suyos, como definidores de su (pretendida, siempre y de todos) personalidad. Mi historia, mi autobiografía, no es, pues, imparcial. Tal vez incluya no tanto lo que he sido, sino lo que habría querido ser o cómo habría querido verme después de cincuenta o sesenta años de actividad intelectual. Que desde los veinte (1921) comenzaron a lloverme ideas sobre todo-dios, mundo, vida, naturaleza, inmortalidad...; y fueron calando, sedimentándose, tranquila y constantemente, en fondo del que aflorarían posteriormente en momentos impensados, con fuerza impresionante, bajo choques de dos tipos: a) choques filosóficos contra tal fondo filosófico; b) choques científicos contra ese mismo fondo.

Incluye, pues, esta autobiografía dos partes de un Todo:

(A) Choques filosóficos contra el Fondo filosófico inicial, depositado durante unos veinte años (1918-1928).

(B) Choques científicos contra el Fondo filosófico de unos sesenta años (1918-1980).

(A) Choques filosóficos contra el Fondo filosófico inicial

Mi fondo filosófico veinteaflero se constituye por calar año tras año, curso tras curso, en mi inteligencia de filosofía aristotélico-tomista.

Primer choque. Obras (en latín) de Far-ges-Barbedette, Gredt, Marxuach, Libe-radora, Zigliara, Sanseverino, Urráburu... (mediocridad plúmbea); obras (en latín) de Suárez (*Disputaciones metafísicas*), *Curso filosófico tomístico* de Juan de Santo Tomás (de áurea mediocridad), mediocridades no remediadas por Mercier, Nyss, Renoirte, Maréchal... y que de no haber sido por los choques filosó-ficos de que voy a hablar, hubieran he-cho de mí una mediocridad filosófica de este tipo híbrido, infecundo filosófica-mente que es la filosofía aristotélico-to-mista. Por suerte Dios (o Alá) es grande y misericordioso.

El primer choque filosófico contra tal Fondo me vino del cardenal Cayetano (Tomás de Vio, 1468-1534): el único com-entador genial, y pensador original, de santo Tomás y de un tomismo no cruzado aún con aristotelismo dogmático, es-colástico y pedagógico clerical.

Sus comentarios, amplísimos y genia-les, al brevísimo y elemental opúsculo de santo Tomás «*De ente et essentia*» y a la *Summa Theologica* fueron para mí choques contra esas mediocridades, plúmbea o áurea: choque, aquella valen-tía de Cayetano acerca de trascendencia («*Deus et supra unum et supra tri-num...*»), acerca de tipos y grados de identidad, su interpretación audaz de la transustanciación —ónticamente tratada, frente a lo parcial de *trans-formación*, *trans-materialización*... audacias que da-ban al traste, valiente y consecuentemen-te aplicadas, al aristotelismo y tomismo escolar. Pan nuestro intelectual y filosó-fico de todos los días de tantos años (1918-1928). Pan nuestro de cada día y de cada curso, dado por mí a devotos es-tudiantes, que traté de mantener y de mantenerme con él, a pesar de todo, en obras mías (en latín) cual *De rebus me-taphysice perfectis* (1930), *De metaphy-sica multitudinis ordinatione* (1928).

El *segundo choque filosófico* contra el Fondo aristotélico-tomista lo recibí en la Universidad de Munich en que, cual es-tudiante, cursaba matemáticas y física, para tratar, ¡oh iluso y benévolo!, de ha-cer una filosofía de las ciencias a tono con mi fondo aristotélico-tomista, tenido y vivido aún cual el *único* sistema de pensamiento, la *única* verdad en filoso-fía; cual el *único* lenguaje en que expre-sarse y entender y darse a entender, y el *único* cuerpo de doctrina sinceramente, concienzadamente, vivible.

Unicidad de verdad, *unicidad* de veraci-dad, *unicidad* de sinceridad. Dicho en términos modernos: *monopolio* de ver-dad, veracidad y sinceridad filosóficas; y *monopsonio*: unicidad de alimento inte-

lectual para todos y cada uno de los filo-sofantes.

¿Quién no defendería, aun en día, tal monopolio y monopsonio en filosofía, no tan sólo aristotélico-tomista, sino kantiana, marxista, existencialista, posi-tivista, fenomenológica...?

Yo intenté, con la mejor buena fe y con-movedora inocencia, defender—tal me lo parece a mis 80 años— todos esos *mono*: unicidades. ¿Comodidades —vi-tales, religiosas, políticas...?

A mis 28 años había leído a Kant —*Crí-tica de la Razón pura*—, sobre todo.

Tiene razón Antonio Machado al dec-ir que una «cosa es leer y otra haber en-tendido».

Después de seguir el curso de física teórica y experimental en formulación newtoniana, caí en cuenta —fue choque filosófico— de que el prólogo de Kant a la segunda edición de *Crítica*, y la conse-cuente refundición de toda la obra, en es-pecial de la deducción trascendental de las categorías, implicaban, y eran, la teo-ría del conocimiento capaz de dar razón *delfactum*, o hecho y hazaña, de la cien-cia matemática (Tales, Teeteto...), física (Galileo, Torricelli), tal cual hacían acto de presencia y eficiencia en el Renaci-miento y siglos posteriores. Las catego-rías hacían realmente posible tal tipo de ciencia y experiencia (aparatos y experi-mentos físico-matemáticos), con cálculo algebraico e infinitesimal, con sentidos nuevos —telescopio, barómetro, balan-za, planos inclinados, las cinco poten-cias: rueda, cuña, tornillo, palanca...; todo lo cual y lo a ello secuente y afín no podía explicarse ni obtenerse con esotros procedimientos y enseres mentales de esencia-existencia, potencia-acto, mate-ria-forma, sustancia-accidentes que, con toda su pretenciosidad de esenciales, son

incapaces de llegar a la fórmula más ele-mental de caída de los cuerpos, de la ley de gravitación, de la realidad de geome-tría analítica, del álgebra, clásica ya; todo ello implicaba saltos de género a género, inaceptables ya entre geometría y aritmé-tica, según Aristóteles. Todo ello: esen-cia-existencia, potencia-acto, sustancia-accidentes, materia-forma, *objectum fórmale quody quo*, son vaguedades con-ceptuales, realmente inoperantes, que dan la ilusión de una coherencia sintácti-ca, tan vaga como ellas. No son, dicho en terminología kantiana, condiciones que hacen realmente, determinada y matemá-ticamente posible, la experiencia y la ciencia física moderna.

¿Quién es capaz de deducir, homogé-neamente, de que «peso es el acto de ten-dencia de todo cuerpo hacia el centro del universo», la fórmula elementalísima de $z = 1/2 gt^2$? No digamos, ahora, las fórmu-las matemática y experimentalmente fi-nísimas que hacen rea/mente posible o *factible* enviar lunanautas y pasearse por el Cielo. Ascender a los Cielos.

El choque que recibió de Newton mi fondo aristotélico-tomista deshizo tal hí-brido. Y en realidad me mostró la necesi-dad de otra teoría del conocimiento. *Crítica de la Razón pura*. Constituir esen-cia por proyecto (Entwurf).

Un intento de salvar tal fondo querido, abrigado cuidadosamente, fue mi obra «*Ensayo sobre las consecuencias físico-matemáticas de la teoría tomista de ma-teria y forma*» (1933).

Tercer choque de filosofía contra filoso-fía de Fondo, secretamente querido. El hecho de la ciencia físico-matemático-instrumental imponía nueva teoría del conocimiento. Mas el *hecho*, resaltante ya, insoslayable, impostergable de la



J.D. García Bacca con su padre en el balcón del piso de la calle Estafeta de Pamplona al paso del encierro de 1907



J.D. García Bacca con José Bergamín en Caracas, 1947

ciencia económica clásica (Smith, Ricardo...) y de la industria, deshacía esotro híbrido infecundo históricamente de sociología, hecha de política de Aristóteles y de Iglesia tomista (teocracia, monarquía teocrática). Caí en cuenta de ello en 1936, leyendo los Manuscritos económico-filosóficos de Marx, recién dados a la publicidad. Me convencí de la necesidad de estudiar economía. No la de Aristóteles o de Jenofonte..., sino la clásica ya y sus formas posteriores de que todos, de buena o mala gana, vivimos.

Acusé el golpe, el choque. Reponerme de él tardará aún muchos años. Tal vez hasta 1960.

Cuarto choque de filosofía contra filosofía de Fondo, cuidadosamente abrigado. Si Newton me llevó a Kant, Kant pasó a fondo querido, cuidadosamente tratado, meticulosamente estudiado. En 1942, lejos ya de España, allá en tierras de la Nueva España —México—, la lectura de Kant und das Problem der Metaphysik de Heidegger fue un choque contra lo que de metafísica conservaba en el Fondo. El choque no me lo dio Sein und Zeit, a pesar de que el planteamiento inicial mismo de tal obra es de estilo metafísico clásico. Aristóteles. La metafísica, dice Heidegger en Kant und das Problem..., no es una teoría; es un acontecimiento (Geschehen): toda una irrupción (Einbruch) que en Ser hace ese ente concreto que es el hombre. Irrupción que descompone el ser en entes: y a éstos, en enseres (Zeug). Si así fuera —y Heidegger muestra cómo se produce en Kant mismo eso de que la filosofía primera considera al ser en cuanto ser y lo que en cuanto ser le conviene: tal es la caracterización y tarea que Aristóteles le señala, y se señala, y en ello trabajaron abnegadamente los medievales—, resultaría

deshecha, deshecho el Ser, por una irrupción, no por una refutación u olvido. La coherencia máxima del Ser, el Ser parmenideo, no resiste la irrupción de un ente cuyo privilegio y faena en el orden de lo real es, cual la de la bomba atómica (recién descubierta y empleada), deshacer el ser en entes —la materia, en radiación.

Kant und das Problem der Metaphysik, segunda parte de Sein und Zeit (tal la creyó Heidegger por un tiempo) destruyó la primera. Tanto que Heidegger notó no poder continuarla. Kant und das Problem... es la bomba atómica, filosófica, de Sein und Zeit. Y lo fue de lo que de metafísica (ontológica general) quedaba en mi Fondo.

Quinto choque de filosofía contra filosofía de Fondo. En 1945 leí por primera vez, lo he releído muchas más (trece), Process and Reality de Whitehead. Su esquema categorial incluye 27 categoriales, siendo el primero y principal el de creatividad: novedad, avance creador, advenimiento de novedades, emergencia de nexos nuevos... «Creatividad es lo universal más universal: la característica de lo realmente real», «Creatividad es el principio de novedad». «El principio metafísico último es el avance desde disyunción a conyunción, creador de entidad nueva diferente de las entidades dadas en disyunción»...

Ser(on) se dice en plural (pollachos), así ya Aristóteles (Metafísica, 1028 a).

Ser(se) deshace en entes, por irrupción del Hombre (Heidegger).

(Whitehead):

Creador se deshace en creaciones:

Creación se deshace en creaciones, creativities, en novedades.

Creaturas, creaciones, novedades se rehacen en novedades.

Ambos, Dios y Mundo, están agarrados por ese fundamento metafísica que es el avance creador hacia novedad. Cada uno de ellos, Dios y Mundo, es instrumento de novedad para el otro.

Kant y el problema de la metafísica, Heidegger, 1959.

Proceso y realidad, Whitehead, 1929.

¡Creatividad: novedad, emergencia, espontaneidad... categorial superior a ser y a categorías aristotélicas y kantianas, inclusive a la función de irrupción del hombre en el Ser y su deshacimiento en seres, de Heidegger?

Tal propone, y discute larga y concienzudamente, Whitehead, lógico y coautor con Russell de Principia mathematica, matemático él mismo y físico en quien, por irrupción, surge esa concepción del ser, de dios y del mundo,

do, como irrupción de novedades, espontaneidades, creaciones, recreaciones...

¿Concepción radiactiva del ser? ¿Explosión del Ser en seres?

Mas todo ello apunta a tema: autobiografía teológica.

Palta aún considerar antes de abandonar el tema de esta primera parte, la

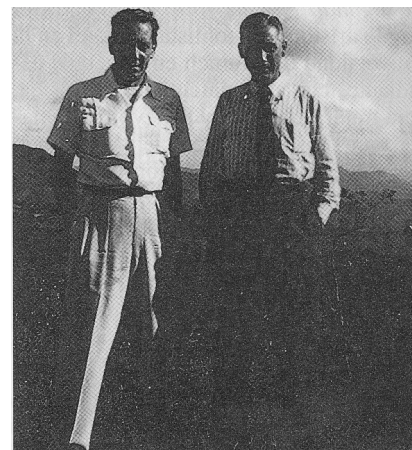
(B) Choques científicos contra el Fondo filosófico

Choque primero: contra las nociones aristotélico-tomistas de finito e infinito. Todavía intactas, inatacadas en 1928.

Por entonces cayó en mis manos, en mis ojos, la Einleitung in die Mengenlehre, de Frankel (edic. 1928). Y por ella me enteré de los transfinitos de Cantor. Mejor, chocaron estruendosamente con mis nociones de finito e infinito.

Para el griego Aristóteles, lo finito definible, llegado a definido —y expresado en definición— está ya en estado perfecto (en-telequeia). Lo finito definido es perfecto. Infinito es, por ello, indefinido, in-definible, in-determinado: imperfecto. Apeiron significaba todo eso. Ningún griego consideró como atributo digno de ningún ser lo de infinito. Tomás de Aquino, provenga de lo que proviniera la inversión, creará que infinito es atributo supremo: que Infinito es lo máximamente definido: lo máximamente perfecto. Constitutivo digno de Dios. Y tono (modo) en que se hallan siendo todos sus atributos —sabiduría, bondad, justicia, poder... Y, por inversión, todo lo finito, lo bien definido, es imperfecto. No cabían mayores inversiones de lo griego. Inversión que es realmente un híbrido aristotélico-tomista.

Entre finito e infinito se da lo transfi-



J.D. García Bacca con Alejo Carpentier en Caracas, 1947